

la alarma. Han hablado de la posibilidad de que el rey vuelva á fugarse, han vaticinado la turbacion y la anarquía, y han hecho temer á ese pueblo de Paris, que prefiere su bienestar particular á las libertades públicas, que ha desaparecido la confianza, que los fondos públicos han bajado y continuarán bajando considerablemente, y que el numerario será cada dia más escaso. ¿Ha resistido jamás esa raza venal á semejantes argumentos?»

El espíritu de Paris se manifestaba á las claras al dia siguiente en la actitud y en los discursos de la Asamblea. «Al abrirse la sesion, — dice un jacobino, — yo me coloqué entre los diputados que hablaban de los medios que podrian emplearse para hacer revocar el decreto. Yo les dije que, habiéndose dado el dia ántes casi por unanimidad, parecia imposible poder contar con una vuelta tan súbita y tan escandalosa de opinion. «Estamos seguros de la mayoría», me respondieron. Entónces me marché de allí y fuí á sentarme en otra parte, donde oí hablar en el mismo sentido. Aburrido de oír respirar á todos de una misma manera, fuí á refugiarme á aquella parte del salon que ha sido por tanto tiempo el santuario del patriotismo; pero allí tambien hallé la misma apostasía que en todas partes, porque todos se habian vendido aquella noche. La prueba de que este trabajo de corrupcion se habia llevado á cabo ántes de deliberar, es que todos los oradores que han hablado en contra de los decretos tenian en la mano sus discursos escritos. ¿De dónde procede esa sorpresa de los patriotas? ¿Los miembros puros de la legislatura no se conocen unos á otros? ¿No se han encontrado ni se han hablado hasta ahora? Cierto es que vosotros les habeis abierto las puertas, y que ellos han entrado aquí para examinar vuestro continente y sondear vuestras fuerzas; pero todavía no se han afiliado, ni han mamado aún, frecuentando vuestro trato y acostumbándose á vuestros discursos, aquella confianza y aquel patriotismo que son la segunda alma de un ciudadano.»

El pueblo, que despues de tantas agitaciones deseaba el descanso, que le faltaba trabajo, dinero y pan, intimidado además por la aproximacion del invierno, vió con indiferencia la tentativa y la retractacion de la Asamblea, y dejó maltratar impunemente á los diputados que habian sostenido los decretos. Goupilleau, Couthon, Basire y Chabot fueron maltratados en el seno mismo de la Asamblea por los oficiales de la guardia nacional. «Andad con cuidado, — les decian aquellos soldados del pueblo ganados por el trono; — nosotros no queremos que la revolucion dé ni un paso más. Ya os conocemos y os seguiremos la pista, y si os descuidais, harémos que probeis nuestras bayonetas.» Los diputados ultrajados, secundados por Barrere, fueron á denunciar aquellas injurias al club de los Jacobinos, pero fuera de aquel recinto nadie se conmovió al oirlas, ni obtuvieron otra cosa que excitar alguna indignacion estéril.

III

Tranquilizado el rey al ver el nuevo giro que iba tomando el espíritu público, se presentó el 7 en la Asamblea. En cuanto entró fué saludado con una nube de aplausos, unos dados al rey, y otros dados en el rey á la Constitucion. Este código inspiraba entónces un fanatismo verdadero á esa masa inerte que juzga de las cosas por las palabras, y que cree imperecedero todo lo que la ley proclama como sa-

grado. No se contentaron sólo con gritar ¡Viva el rey!, sino que añadieron también ¡Viva S. M.! Las aclamaciones de una parte del pueblo vengaban las ofensas de la otra, y hacian revivir aquellos títulos que se habian querido suprimir con un decreto. Hasta se aplaudió la reinstalacion del sillón real al lado del presidente, pareciéndoles á los realistas que aquel sillón era un trono en que la nacion volvia á sentar á la monarquía. El rey habló en pié y descubierto. Su discurso fué el más á propósito para tranquilizar los ánimos y enternecer los corazones. Si no respiraba entusiasmo, dejaba ver al ménos la buena fe del que lo decia. «Para que nuestros trabajos — dijo — produzcan todo el bien que de ellos debe esperarse, es preciso que entre el Cuerpo legislativo y el rey reine una constante armonía y una inalterable confianza. Los enemigos de nuestro reposo trabajarán sin descanso por desunirnos; pero unámonos por amor á la patria, y seamos inseparables en trabajar por los intereses públicos. De este modo el poder obrará sin obstáculo, la administracion no se verá atormentada por vanos temores, y las propiedades y las creencias de cada uno serán protegidas con la más estricta igualdad. A nadie le quedará ya pretexto para vivir léjos de un país en que las leyes estarán en todo su vigor, y en donde todos los derechos serán igualmente respetados.» Esta alusion á los emigrados, y esta llamada indirecta á los hermanos del rey, infundieron una gran alegría en todos los que se hallaban allí presentes, y les hicieron concebir mil halagüeñas esperanzas.

El presidente Pastoret, constitucional moderado, hombre que era grato al rey y al pueblo, porque al conocimiento de las doctrinas del poder reunia la habilidad del diplomático y el lenguaje del hombre constitucional, contestó en estos términos: «Señor, vuestra presencia en medio de nosotros es otro nuevo juramento que prestáis á la patria. Los derechos del pueblo estaban olvidados, y todos los poderes se hallaban confundidos. Ha nacido una nueva Constitucion, y con ella la libertad francesa. Vos debeis quererla como ciudadano, como rey debeis sostenerla y defenderla. Léjos de debilitar vuestro poder, lo asegura y os da por amigos á los que en otros tiempos se llamaban vasallos vuestros. Vos necesitais ser amado de los franceses, segun deciais pocos dias há en este templo de la patria. Nosotros tambien necesitamos ser amados de vos. La Constitucion os ha hecho el primer monarca del mundo; vuestro amor hácia ella colocará á V. M. en el número de los reyes más queridos. Fuertes por nuestra union, experimentaremos bien pronto su saludable influencia. Purificar la legislacion, reanimar el crédito público y comprimir la anarquía, tal es nuestro deber, tales nuestros votos y tales los vuestros, señor. Las bendiciones de los franceses serán nuestra recompensa.»

Los sucesos de este dia volvieron á abrir los corazones del rey y de la reina á la esperanza, porque creyeron haber vuelto á encontrar su pueblo. La revolucion tambien creyó haber encontrado á su rey. Los recuerdos de Varennes parecieron sepultados para siempre en el olvido. La popularidad tomó uno de aquellos giros fugaces, parecidos al soplo benéfico de un viento que purifica la atmósfera por un momento, y que engañó aún á los mismos que habian aprendido á desconfiar de ella. La familia real quiso, no obstante, disfrutar de los goces que este cambio le proporcionaba, ó por mejor decir, quiso que disfrutasen de ellos el Delfín y Madama. Estos dos niños no conocian del pueblo sino su ira, y no habian visto la nacion sino al través de las bayonetas del 6 de Octubre, bajo los harapos, en los

motines ó en el polvo del camino, al volver de Varennes. El rey queria que lo viesen en medio de la calma y del amor, porque educaba á su hijo para que amase á aquel pueblo, y no para que vengase las ofensas que de él habia recibido. En su suplicio diario, lo que más le atormentaba no eran sus propias humillaciones, sino la ingratitud del pueblo. Le era aún más duro el que la nacion desconociese el amor que él la profesaba, que el verse perseguido por ella; y un momento sólo en que la opinion pública le hiciese justicia, bastaba para hacerle olvidar dos años de continuados ultrajes.

Aquella noche fué el rey al Teatro Italiano, con la reina, con madama Isabel y con sus hijos. Las esperanzas del dia, sus palabras de por la mañana, sus facciones llenas de bondad y de confianza, la belleza de las dos princesas y la sencilla gracia de los niños, produjeron en los espectadores una de esas impresiones en que se halla mezclada la compasion con el respeto, y en las que el entusiasmo ablanda el corazon hasta el enternecimiento. El teatro resonó con repetidos aplausos, entre los que se distinguian algunos sollozos, y los ojos de todos los circunstantes, vueltos hácia el palco real, parecian querer ofrecer al rey y su familia una muda reparacion de tantos insultos. La multitud no resiste jamás al aspecto de los niños, porque en toda multitud se encuentran madres. El Delfin, niño encantador, estaba sentado en las rodillas de la reina, y absorto al ver accionar á los actores, repetia sencillamente á su madre los gestos que les veia hacer como para que comprendiese la pieza. Esta calma indiferente de la inocencia entre dos tempestades, estos juegos de un niño al pié de un trono que debia convertirse tan pronto en un patíbulo, aquella expansion del corazon de la reina, cerrado por tanto tiempo á todo gozo y á toda seguridad, todo esto hacia asomar las lágrimas á los ojos de los espectadores, y el mismo rey las derramó en abundancia. Hay momentos en las revoluciones en que la turba más irritada se vuelve dulce y misericordiosa; esto sucede cuando deja hablar á la naturaleza y hace enmudecer á la política; cuando en vez de tener el sentimiento de pueblo, tiene sólo el de hombre. Paris tuvo uno de estos momentos, pero fué de corta duracion.

La Asamblea estaba deseosa de apoderarse cuanto ántes de la pasion pública, que un enternecimiento pasajero le arrebatava. Ruborizábase ya de su moderacion de un dia, y trataba de sembrar nuevas sospechas entre el trono y la nacion. Un partido numeroso de su seno queria llevar las cosas al extremo, y apurar la situacion hasta hacerla estallar. Necesitaba este partido mucha agitacion, y la calma no convenia á sus intentos. Habia en él ambiciones elevadas, como los talentos de los que las poseian, ardientes como su juventud, impacientes como su sed de brillar en la situacion. La Asamblea constituyente, compuesta de hombres maduros, de cierta posicion en el Estado y de alguna distincion en la jerarquia social, no habia tenido otra ambicion que la de las ideas de libertad y de gloria; la nueva Asamblea ambicionaba el ruido, la fortuna y el poder. Compuesta de hombres oscuros, pobres y desconocidos, aspiraba á conquistar lo que le faltaba.

Este último partido, del cual era Brissot el publicista, Petion la popularidad, Vergniaud el genio, y los girondinos el cuerpo, se presentaba en la escena con la audacia y la unidad de una conjuracion. Era el paisanaje triunfante, envidioso, inquieto y elocuente, ó la aristocracia del talento, queriendo conquistar y explotar para sí sola la libertad, el poder y el pueblo. La Asamblea se componia, en partes

desiguales, de tres elementos: los constitucionales, partido de la libertad aristocrática y de la monarquía moderada; los girondinos, partido de movimiento continuo hasta que la revolucion viniese á parar á sus manos; los jacobinos, partido del pueblo y de la filosofía en accion. Significaba el primero transaccion y transicion; el segundo, audacia é intriga; el tercero, fanatismo y decision. De estos dos últimos partidos, no era el jacobino el más hostil al rey. Una vez destruida la aristocracia y el clero, no le repugnaba el trono á este partido; poseia en alto grado el instinto de la unidad del poder, y no fué él quien primero pidió la guerra, ni el que pronunció la primera palabra de república; lo que sí fué el primero en pronunciar, y eso con bastante frecuencia, fué la voz dictadura; la palabra república pertenece á Brissot y á los girondinos. Si éstos, á su advenimiento á la Asamblea, se hubiesen unido al partido constitucional para salvar la Constitucion modificándola, y no induciendo á la revolucion á declarar la guerra, hubieran salvado su partido y dominado al trono. La hombría de bien, de que carecia su jefe, faltó tambien en la conducta que siguieron, y la intriga los arruinó arrastrándolos en pos de sí. Ellos se constituyeron en agitadores de una Asamblea cuyos hombres de Estado debian haber sido, y no teniendo la fe de la república, aparentaron tener la conviccion de ella. En las revoluciones, los papeles sinceros son los únicos papeles hábiles. Es muy hermoso morir víctima de su fe, pero es muy triste perecer engañado por la ambicion.

IV

Tres causas de turbacion agitaban los espíritus en el momento en que la Asamblea se encargaba de los negocios: el clero, la emigracion y una guerra inminente.

La Asamblea constituyente habia cometido una gran falta deteniéndose á medio camino en la reforma del clero frances. El mismo Mirabeau habia cedido en esta cuestion. La revolucion no era en el fondo sino la insurreccion legítima de la libertad política contra el despotismo, y de la libertad religiosa contra el dominio legal del catolicismo, convertido en Francia en una especie de institucion política. La Constitucion habia emancipado al ciudadano; era preciso emancipar al fiel, y arrancar las conciencias al Estado, para devolverlas á ellas mismas, á la razon individual y á Dios. Esto es lo que queria la filosofía, que no es más que la expresion racional del genio.

Los filósofos de la Asamblea constituyente retrocedieron ante las dificultades de esta obra; en lugar de una emancipacion, hicieron una transaccion con el poder del clero, que consistia en las influencias terribles de la corte de Roma y los hábitos inveterados del pueblo. Se contentaron con aflojar el lazo que unia al Estado con la Iglesia, y su deber era romperle. El trono estaba encadenado al altar, y ellos quisieron encadenar el altar al trono, lo cual no era más que hacer mudar de sitio á la tiranía, haciendo oprimir la conciencia por la ley, en vez de hacer oprimir á la ley por la conciencia.

La Constitucion civil del clero fué la expresion de esta falsa situacion recíproca. El clero fué despojado de aquellas dotaciones en bienes inalienables que diezaban la propiedad y la poblacion en Francia. Se le quitaron sus beneficios, sus abadías y sus diezmos, que eran los feudos del altar, señalándose en cambio una do-